

EL MOTÍN

Año XXXVI.

Madrid, Jueves 31 Agosto 1916.

Número 35.

EL MOTÍN
PERIÓDICO SEMANAL
CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta obra on el 25 por 100 de rebaja.

¡QUÉ LÁSTIMA!

Si alguna vez he sentido de veras no reunir las suficientes condiciones de salvajismo para poder ser dignamente germanófilo al estilo clerical, fué al acabar de leer el miércoles este artículo en *La Correspondencia de España*:

La tragedia de Flandes

No nos referimos á las batallas que han sido reñidas en esa región, ayer riente, hoy angustiada y cubierta de escombros y cadáveres. Nos referimos á esa otra horrenda tragedia que se ha desarrollado en Lille, Tourcoing, Roubaix y sus inmediaciones durante la Semana de Pasión del año actual.

Nuestros lectores tienen noticia de esos acontecimientos lamentables y extraños. A ellos y á sus consecuencias diplomáticas queremos dedicar algún espacio en nuestras columnas.

El Imparcial de ayer, en un fondo noble y sereno, ha tratado del mismo asunto y ha defendido una tesis que pretendemos hacer nuestra. España no puede permanecer indiferente. Al comienzo de las hostilidades aceptó la representación y defensa de los intereses de Francia en Alemania. Y semejante aceptación la obliga para con ella misma, para con la vecina República y para con el resto de la Humanidad.

**

Por si alguno de los que leen habitualmente nuestro periódico, no se hallan bien enterados de la cuestión á que aludimos, resumiremos, brevemente, lo que se sabe acerca de ella.

En los primeros días de la Semana Santa última, los alemanes fijaron en las calles de Lille, Roubaix y Tourcoing avisos en que se decía que serían sacados

de sus casas y enviados á otras regiones los habitantes franceses, de ambos sexos, que se juzgara necesario. Dichos habitantes deberían ser empleados en trabajos agrícolas. Prohibíase todo cambio de domicilio y toda salida de éste desde las nueve de la noche á las seis de la mañana.

Un segundo aviso acabó de aterrar á los desdichados vecinos de Lille, Roubaix y Tourcoing. Estaba concebido en los siguientes términos:

«Todos los vecinos de cada casa, á excepción de los niños menores de catorce años y de sus madres, y de los viejos, deberán prepararse para ser transportados, en un plazo de hora y media. Un oficial decidirá en definitiva qué personas serán llevadas á los campos de reunión. Con este objeto, los habitantes de cada casa habrán de agruparse delante de ella. En caso de mal tiempo, se les permitirá esperar en los pasillos exteriores. La puerta de cada casa quedará abierta. Toda reclamación será inútil. Ningún habitante de cada casa, ni aun aquellos que no vayan á ser transportados, podrán abandonar su domicilio antes de las ocho de la mañana (hora alemana).»

Cada persona tendrá derecho á 30 kilos de equipaje. Cuando haya un excedente de peso, todos los bagajes de la persona serán rechazados sin consideración. Los paquetes deberán ser hechos separadamente para cada persona, y tener una dirección legible y sólidamente fijada. La dirección deberá consistir en el nombre, el apellido y el número de la tarjeta de identidad.

Es completamente necesario que cada cual se provea, en su propio interés, de utensilios para comer y beber, y de un abrigo de lana, de buen calzado y de ropa blanca. Cada persona llevará consigo su tarjeta de identidad. Quien intente sustrarse al transporte será castigado terriblemente.—Etappen-kommandantur.»

Apenas enteróse de lo que se trataba el alcalde de Lille, envió al gobernador militar alemán una protesta, donde había las frases que siguen:

«Después de las declaraciones oficiales que habéis mandado fijar en las paredes, y en que se decía que no era hecha la guerra á los paisanos, que los derechos, los bienes y la libertad de la población serían garantizados con la sola condición de que se mantuviese tranquila, yo no hubiera podido creer que tal medida pudiera ser aplicada.

Destruir y romper las familias, arrancar por miles de sus hogares á ciudadanos pacíficos, forzarles á abandonar su profesión, sus bienes, sería un acto de tal naturaleza que suscitara la reprobación universal.»

Naturalmente, esa protesta no sirvió de nada. Empezaron las deportaciones seguidas de confinamientos. Y el obispo de Lille, monseñor Charost, dirigióse al general von Groevenitz en una carta, de

la que transcribimos estos párrafos conmovedores:

«Son efectuados raptos numerosos de mujeres y de jovencitas, de hombres, de muchachos y hasta de niños, en la región de Tourcoing-Roubaix, sin causa ni procedimiento judicial. Los infelices han sido destinados á localidades cuyos nombres se desconoce. Medidas tan extremas como esas y en más vasta escala son proyectadas en Lille.

Dislocar la familia, arrancando á su hogar adolescentes y jovencitas, no es la guerra. Es la tortura peor de todas, la tortura moral indefinida. La infracción del derecho familiar se agrava con la infracción de las exigencias más delicadas de la moralidad. Muchachas de vida irreprochable han sido arrebatadas á sus madres. Estas, que habían velado siempre desde tan cerca sobre ellas y que no tenían más alegría que la de su compañía en la ausencia del padre y de los hijos mayores, partidos á la guerra ó muertos en ella, están solas ahora. Y vienen á contarme su desesperación y su angustia.»

El obispo de Lille no consiguió más que el alcalde. Y los raptos siguieron y se extendieron, desde Tourcoing y Roubaix, á dicha ciudad. He aquí cómo son descritos por una señora, que ha podido escribir á París, valiéndose de la vía de Holanda:

«Se ha procedido á una evacuación con un refinamiento de crueldad inimaginable. Y no se ha transportado á familias enteras. Se ha creído que esto sería demasiado dulce, y han sido escogidos en cada familia uno, dos, tres, cuatro, cinco miembros, hombres, mujeres, muchachos, jovencitas, niños de quince años, según el capricho arbitrario de un oficial. Y para prolongar la angustia de todos, han operado por barrios, sin querer anunciar siquiera en cuál de ellos operarían por la noche, porque es al amanecer ó antes, á las cuatro de la mañana, cuando estos bravos, con la música delante, con ametralladoras, calada la bayoneta, van á buscar á las mujeres y á los niños para llevárselos... ¿Adónde? ¿Y por qué? Ellos dicen: «Lejos del frente».

Hace tres semanas fueron efectuadas *razzias* en las dos ciudades vecinas (Roubaix y Tourcoing). Se cogía á todo el mundo, en las calles, en los tranvías. Y quienes eran así arrebatados no volvían más.

Protestaron el alcalde y el obispo de Lille, y en respuesta, se reunió el Jueves Santo, á las cuatro de la tarde, á los protestatarios, y mientras estaban reunidos se hizo fijar en las calles nuevos avisos aterradores.

En la noche del Viernes al Sábado Santo, á las tres de la madrugada, pasaron por delante de nuestra casa las tropas que iban á cercar el primero de los barrios designados: Fives. Fué terrible. El oficial entraba. Designaba á las personas de ambos sexos que le parecía bien

y les dejaba para prepararse al viaje un lapso de tiempo, que oscilaba entre una hora y diez minutos. Antonia D... y su hermana, de veintidós años, fueron así raptadas. A duras penas se logró que no se llevaran a la pequeña, de catorce años. La abuela, enferma de dolor y espanto, tuvo que ser sacramentada. En otra parte, dos viejos decrepitos no consiguieron que se les dejara su hija, que era su único sostén. En casa del doctor tío de B..., el oficial dijo a la señora que escogiera entre sus dos criadas. Escogió a la más vieja. Y el oficial se llevó a la más joven.

Los infelices son reunidos primeramente en un local cualquiera, escuela ó templo, y después, en rebaño, todos revueltos, gentes de todas clases y de todos los valores morales, jóvenes honradas y mujeres públicas entre soldados y músicos que tocan, son llevados a la estación, de donde parten por la noche, sin saber cuál será su destino.»

Así han sido arrancadas de sus hogares en Lille, Tourcoing y Roubaix, más de 25.000 personas de ambos sexos. A los hombres se les ha obligado a trabajar en los campos. A las mujeres a servir a los oficiales y jefes. La proporción de las mujeres con relación a los hombres es de un 30 por 100. Y se ha notado que quien disponía de dinero se quedaba en su casa...

En otra carta leemos estas frases: «Hemos visto en plena noche nuestras calles invadidas por grupos de soldados, la bayoneta en el cañón y con ametralladoras (¡qué vergüenza!), que arrancaban de los brazos de sus madres a muchachas jovencitas y niños de catorce años, sin piedad para esas madres, que imploraban a los alemanes de rodillas. Y todos esos desdichados, mezclados en confusión, eran embanastados y enviados como rebaños de esclavos para un destino descolocado. ¡Qué odio impotente por el momento! Pero más tarde, ¡qué responsabilidad para la autoridad superior!...»

Y conste que tales hechos no han sido negados por los teutones. El Papa, al saberlos, preguntó si eran ciertos al cardenal Hartmann, en Munich. El cardenal Hartmann los ha confirmado, aunque procurando atenuarlos y disculparlos, porque es alemán.

Pero hay más. El Gobierno francés dirigió, por mediación de su representante en Berna, M. Beau, al embajador de España en Berlín, encargado de la defensa de los intereses franceses en Alemania durante la guerra.

Y he aquí la respuesta del Sr. Polo de Bernabé, transmitida por M. Beau:

«El ministro alemán de Negocios Extranjeros me ha declarado verbalmente que las personas á que se refiere el telegrama del 29 de Junio, en número que ignora, son empleados en trabajos de recolección, en beneficio de las provincias ocupadas, para procurar víveres á sus habitantes, que de otro modo morirían de hambre.»

El gobierno francés, no pudiendo evitar por hoy, de otra manera, esas *razzias*, se ha dirigido á los países neutrales en un documento, del que copiamos las siguientes líneas:

«Hasta que la suerte de las armas nos haya permitido reconquistar las regiones ocupadas, hacemos un llamamiento á los sentimientos de justicia y humanidad de

las Potencias neutras y á la opinión pública de todas las naciones.

Invocando necesidades militares que no opone á ciertos publicistas llevados por él sobre el frente de sus ejércitos, el Gobierno alemán se ha negado hasta ahora á permitir el envío de delegados de las Potencias neutrales á los departamentos invadidos.

Si el Gobierno alemán considera inciertas nuestras noticias, debe prestarse á una verificación imparcial y autorizar á este efecto, á las Potencias neutrales para que hagan una información, sobre todo en lo relativo á los sucesos desarrollados en Lille, Tourcoing, Roubaix y comunas cercanas, desde el 22 al 29 de Abril de 1916. Si se niega, reconocerá de ese modo la verdad de los hechos anunciados.»

Por hoy, nada más. *El Imparcial* dice que España, como país neutral y como encargada de la defensa de los intereses de Francia en Alemania, no debe permanecer impassible y fría ante ese llamamiento doloroso.

Pensamos lo mismo. Hay silencios que son peores que complicidades. Por el honor de la misma Alemania hay que hacer esa investigación suprema...

¡Oh, quien fuera germanófilo á estilo clerical, es decir, ajeno completamente á todo sentimiento humanitario, á todo pensamiento elevado, á toda idea de justicia, para gozarme en ese cúmulo de horrores!

¡Con qué entusiasmo, si lo fuera, aplaudiría esas violaciones horrendas de toda ley y todo derecho, ejercidas sobre muchedumbres desarmadas é inermes!

¡Cómo me reiría de ese obispo de Lille; que no aprobaba que se dislocasen las familias, se prostituyese á las jovencitas, se desterrase á los niños, sin advertir el muy mentecato que quien lo hacía era la nación culta ante cuyo exquisito sentido moral y religioso se inclinan admirados los católicos españoles!

Mas ¡ay! no puedo disfrutar de ninguno de esos placeres. No todo el que desea ser germanófilo puede serlo, sobre todo si tiene la desgracia de pensar que son unos miserables cuantos aplaudan, defiendan, disculpen ó atenúen esos horrores que hacen retroceder la Humanidad á los tiempos en que se sacrificaba por cualquier procedimiento á los vencidos. Se necesita, para ser germanófilo á estilo clerical, sentirse indigno de llamarse hombre, civilizado y español.

Lo último sobre todo.

Medida equitativa

Ningún individuo ni ninguna nación que rinda culto á la justicia, se niega á reparar el daño que por error ó inadvertencia causa; antes bien traspasa los límites de lo equitativo, para no quitarle por el regateo mérito á la reparación.

Y en tal supuesto, y en la seguridad de que una nación tan culta como Alemania la aprobaría desde luego, para que nadie dudara del alto espíritu de justicia que preside en todos sus actos, nuestro Gobierno podría adoptar esta medida.

Una vez bien comprobado el hecho de haber sido torpedeado el buque de un español, debería incautarse de tres de los que Alemania y Austria tienen en nuestros puertos desde los comienzos de la guerra.

¿Con qué objeto? Con el de venderlos en pública subasta, para proceder á distribuir equitativamente su importe entre el dueño del destruido, el de la mercancía que transportase y las familias de los individuos muertos ó lesionados en sus intereses.

Con tan sencilla medida conseguiríamos:

1.^a Que Alemania nos quedase eternamente obligada, por no haberle hecho perder con reclamaciones diplomáticas ni un minuto del tiempo que necesita dedicar entero á los cuidados de la guerra.

2.^a Que los perjudicados no dudiesen de que esa nación marchaba á la cabeza de todas en lo de respetar el derecho ajeno, y rendir culto á la justicia.

Y 3.^a Que se afirmase cada día más entre nosotros la idea de mantener la neutralidad á todo trance, en provecho exclusivo de una nación que reparaba, sin andar en miserables regateos, los daños que el error ó la inadvertencia le hacían cometer.

Todo esto sin pensar siquiera el Gobierno en faltar en lo más mínimo á la neutralidad, y esforzándose como hasta aquí en no dar el menor pretexto á aquella nación para recelar que España pudiese en ningún caso hacer nada que le perjudicase ó la contrariase.

¡Cuán fáciles de arreglar y resolver son, como se ve, todas las cuestiones en que el espíritu de justicia, de equidad mejor dicho, se sobrepone á todo interés mezquino!

Estoy seguro que al Gobierno alemán se le ha ocurrido antes que á nadie la idea que expongo, pero que no se ha atrevido á lanzarla por temor á que se creyese que encubría una intención siniestra. ¡Se ve tan mal comprendida y tan mal juzgada aquella gran nación!

Cosas de estos tiempos

«VALENCIA 24 (9 m.) Una labradora de Alboraya ha recogido en su corral, puesto por una gallina, un huevo del tamaño ordinario, pero en la cáscara tiene dibujado, como grabado por buril, una hostia y rayos, uno de los cuales termina en cruz.

El grabado parece haya sido hecho en el interior del huevo, viéndose mejor al trasluz.

El vecindario está intrigadísimo.»

Al leer ese telegrama en *El Mundo* del jueves último, caí en meditación profunda, yo que jamás he dedicado medio minuto á pensar en milagros ni en misterios.

A las dos horas proximamente salí de ella, horrorizado de lo que pudiera haber ocurrido si el ama y la gallina no se fija en el prodigio, vende el huevo á uno de los corredores de esa mercancía, el cual lo mete con otros en un cajón, que factura para Madrid, y rodando rodando viene á parar frito ó pasado por agua á mi estómago. ¡Horror! No quiero ni pensar en el pecado horrible que involuntariamente hubiera yo cometido, si no es ya que, al verse tan mal alojado, me produce un cólico miserere que me lleve pateta.

Desde el día que leí el telegrama encargué en casa que se fijasen mucho, antes de partirlos, en los huevos que se comprasen, para evitar que pueda resultar profanado un día el que se venga con hostia y cruz, santísima trinidad ó corte celestial.

Ya sé que no todos se prestan al examen, por traer algunos señales evidentes de haber salido por sitio nada limpio, como todos; pero, por lo menos, que lo hagan con aquellos que vengan sin mancha alguna.

Supongo que á estas fechas la piedad religiosa habrá abierto una suscripción para construir una capillita donde pueda ser adorado el huevo milagroso, á la vez que su mamá, previamente disecada.

Ofrezco ir á la inauguración, postarme de rodillas ante ambos, y recitarles fervorosamente estos versos que compuse durante la meditación de que antes hablo:

Estos milagros nuevos
que la fe nos infunde por los huevos,
harán que en adelante
me abstenga yo de manducar gallinas:
pudieran resultar aves divinas
¡y vaya un sacrilegio horripilante!

"DON QUIJOTE"

Con este título ha comenzado á publicarse en Barcelona un nuevo semanario. En el primer número van trabajos con las conocidas firmas de Fernando Pintado, Mateo Santos, y Luis Capdevila.

De lo que piensan hacer dan idea los dos primeros artículos. Dicen así:

A QUÉ VENIMOS

Al presentarnos ante la opinión estamos obligados á decir á todos á qué venimos, cuál va á ser nuestra actuación en la vida pública. Gustosos haremos estas declaraciones porque la labor á desarrollar por *Don Quijote* no puede ser ni más noble ni más justa.

El nombre de nuestro semanario habla de hidalguía y de lucha. Decir *Don Quijote* es decir Cervantes. Y quien dice Cervantes dice España. A ésta venimos

á defender porque es ella la señora de nuestros pensamientos. Es la Dulcinea por la cual seremos esforzados caballeros andantes de un ideal.

¿Pero contra quién la defenderemos? Contra todos los que la ofenden á diario en el Parlamento, en la tribuna, en el periódico. Y como su mayor ofensor es la Lliga Regionalista, contra la Lliga vamos principalmente.

Eso del separatismo catalán es una infamia y un negocio que explotan Cambó, Prat de la Riba y Compañía. El problema catalán no es un problema de nacionalidades, ni de regionalismo, ni de idiomas. Es sencillamente un problema de estómago. Pero hay gentes de buena fe que toman en serio la farsa político-lligera. Y sin darse cuenta unos, y á conciencia otros, se injuria á la patria á cada momento y se trata de aislar á los castellanos y á los catalanes que se enorgullecen de ser españoles.

Los directores de este movimiento separatista, que empieza á iniciarse ahora con más fuerza que nunca, no creen en la necesidad ni en la utilidad de segregar á Cataluña del resto de España; pero mientras tanto, ellos lo explotan en su beneficio, sin tener en cuenta que á lo que ellos le dan íntimamente un carácter de farsa política, de negocio mercantil, es un peligro para la nación y para Cataluña más que para nadie, porque Aragón, las Castillas, Andalucía, Galicia, Vasconia y el reino de Valencia y Murcia, han llegado á creer que la habilidad política de la Lliga Regionalista integra el pensamiento catalán, es el sentir de toda esta hermosa región que ha caído en manos de unos mercaderes y de unos farisantes. Y esto podría ser muy perjudicial á la industria y al comercio de Cataluña.

La labor de *Don Quijote* es destruir esos prejuicios y evitar que los negociantes Cambó, Prat de la Riba, Abadal y compaña hagan su agosto á costa del honor y de los sagrados intereses nacionales.

NUESTRO PERIÓDICO

Don Quijote no viene á ser un periódico más. Sería perder el tiempo tontamente. Viene á ocupar en la Prensa de Barcelona un sitio que está vacante hace mucho tiempo, porque es muy expuesto y poco lucrativo.

Hace falta un periódico irreverente que no respete la personalidad de nadie; que no dé por bien hecho todo lo que la gente por ineptitud, por atrofia del cerebro y del corazón, por cobardía, admite; que discuta la fama de los que por su audacia ó su habilidad ocupan en la política, en las artes y en la ciencia, un lugar que no les corresponde; que exija el cumplimiento de sus obligaciones á los que hasta ahora sólo se le han reconocido derechos; que no contribuya á la farsa nacional desarrollada en el Parlamento, en la calle, en el casino, en el club, en el propio hogar.

Hace falta un periódico de esa naturaleza, y como los demás lo han dejado inédito, nosotros lo hemos hecho imprimir para sacarlo á la calle, donde está haciendo más falta de lo que parece.

Deseo al nuevo semanario el éxito que merecen sus patrióticas intenciones.

CIENT SONETOS de José Nakens. UNA PESETA

EXHUMACIÓN

Al leer los piropos que *Don Quijote* echa á la Lliga Regionalista, recuerdo que hace algún tiempo recibí la siguiente traducción de un himno en catalán que corría por Barcelona.

Como los separatistas estaban entonces relativamente sosegados, no lo publiqué por no dar lugar á que tomasen pretexto de aquello para renovar sus invectivas y sus insultos contra España, como ellos dicen; pero al ver que ahora tratan por medios más solapados de llegar al objeto que se proponen, y que no es otro que el que se descubre en ese himno, lo doy á luz para que nadie dude de cuál es su propósito: *que España se humille ante el pendón barrado.*

I

Del odio y del rencor la copa ya está llena,—este grande odio es santo, es el odio al yugo,—es el rencor á los viles, la rabia á los tiranos; la copa del amor á nuestra patria opresa—también se desborda ya, y en el corazón nos bulle la savia—de los bravos almogavares, de los abuelos catalanes.

II

Un odio glorioso destruye una montaña,—nuestro odio titánico contra la vil España—es gigantesco y rabioso, es grande, divino y sublime—hasta odiamos el nombre, la lengua y el recuerdo las tradiciones tuyas y su estéril historia—y hasta á sus propios hijos nosotros maldecimos.

III

Ya es hora que la Patria que nuestro corazón ama—avance sin tutela hacia el ideal que enarbolan—nuestros corazones y pensamientos de santa libertad;—no pedimos nuevas leyes, ni pedimos clemencia; queremos para Cataluña la santa Independencia;—que España se humille bajo el pendón barrado.

IV

Rompa ya su esclavitud la tierra catalana—hoy ya se perfecciona sintiéndose soberana—de todo su patrimonio robado por los viles leprosos;—volvamos á poseer lenguaje, tengamos costumbres é historia—en el corazón anhelos de vida, con ansias de victoria—y en el pecho y en los brazos fuerza para levantar los fusiles.

V

En cuanto vibre por los aires el grito de ¡Vía libre!—y la bandera santa ondee en torno nuestro,—seremos potentes é indómitos cual vientos desenfrenados;—si acaso morimos, la gloria valdrá más que el vivir;—y si vivimos, veremos á Cataluña libre—formando en el concierto de los pueblos libertados.

MUERA ESPAÑA

VIVA CATALUÑA INDEPENDIENTE

Año 193 de nuestra esclavitud

Federación de separatistas catalanes.

VENANCIO SARRÍA

A este querido amigo, joven de los que honran más al partido republicano, como hombre, como periodista y como orador, le han hecho en Zaragoza, donde dirige el *Ideal de Aragón*, la operación de la apendicitis.

Deseo que se encuentre pronto en condiciones de seguir demostrando lo mucho que vale, por su familia, por sus amigos y por el partido.

El crimen de Logrosán

La familia del coadjutor

Es la mayor víctima de la catástrofe. Ha perdido el ser más querido.

El clérigo de familia rica y poderosa, es un foco especial del cariño de todos.

La castidad forzosa que le vincula á su profesión, le deja libre de esparmar su amor con la esposa y los hijos, para condensarlo y repartirlo entre padres y hermanos. Cuando la madre queda viuda, el hijo clérigo sucede ventajosamente al esposo en el amor, ya incapaz del deleite corporal, y hambriento sólo de los deleites espirituales. Cuando la hermana llora su soltería, su viudez ó el abandono del marido, halla en el hermano clérigo el hombre paciente, obsequioso, amigo y confidente. Y los sobrinos hallan en el tío un padre más apasionado, más solícito y más celoso.

Todos los amores familiares se dan cita en él. Y si acaso en el corazón del clérigo rico surge la sensación de ver fraudulentamente suplantado por la familia de los padres el amor de la familia de hijos; si acaso brota en su espíritu la nostalgia por esta familia renunciada, viene la conveniencia pública, el buen parecer social, la Iglesia con sus cánones y el Estado con sus leyes, á ahogar esos sentimientos, á hacerlo cautivo resignado, melancólico y triste de su familia única, convertida por el egoísmo en centinela que le vigila y cierra el paso al paraíso.

Es el niño mimado y al mismo tiempo la víctima común de todos los parientes. Todo amor extraño es reputado por la familia, por los padres los primeros, como ladrón doméstico que intenta robarles una prenda de su propiedad.

Cautivo y mimado. Semejante á la mujer secuestrada por el hombre enamorado á quien ella detesta.

Nada sabemos de la vida doméstica del desdichado coadjutor, fuera de que era hijo de familia poderosa y principal de Logrosán, y, por tanto, clérigo no por necesidad de comer, ya que tendría rentas propias, ni tampoco por aquella vocación apostólica que hace abandonar no sólo á la mu-

jer é hijos, mas también á padres, hermanos y sobrinos.

Dícese que era ilustrado y gentil, de cuerpo y de alma. ¿Qué hacía en Logrosán? El cargo de coadjutor no era el más indicado en la carrera de un clérigo de tales condiciones, llamado más bien á altas dignidades.

Suele ocurrir que el tal clérigo sea para el servicio de la familia, y no para el servicio de la Iglesia; uno de tantos clérigos de familias ilustres, ostentados como objeto sagrado del linaje, pararrayos para las iras del cielo, reflejo auténtico del antiguo oblató.

El clérigo de esta clase suele estar colocado en situación peligrosa.

El poder de la familia es su mayor estímulo á caer. El padre, cacique; el hermano, cacique; hacedores de alcaldes y jueces; favoritos del diputado y del senador, copartícipes del poder episcopal por virtud del caciquismo, que hace á los gobiernos esclavos de las concupiscencias de los agentes regionales, á los obispos esclavos de los gobiernos, á los párrocos esclavos de los obispos, á toda España una residencia jesuítica cuyos superiores son omnipotentes y cuyos nacionales son tratados «coma cadáveres».

La familia del cacique ¿cómo puede llevar en bien que el párroco se exima de su jurisdicción, y que para ejecutar la suya utilice nada menos que al hijo de los señores? ¿Cómo el clérigo, hijo y heredero del cacique local, soberano sobre toda ley, podrá someterse á la autoridad de un párroco, plebeyo á lo mejor, pobre las más de las veces, sin más tesoro que su virtud, sin más arrimo que el de la ley escrita para los efesios, sin más influencia que su saber, sin más agarradero que la disciplina?

¡Imposible! Sus compañeros de presbiterio son sus inductores á la insubordinación. Saben, los cuitados, que el párroco al lado del cacique es don-nadie, y que el clérigo, mediante su familia, y ésta, mediante la red caciquil, hace y deshace párrocos, de alcornoques hace canónigos, de canónigos hace obispos. Al lado de los conclérigos, están las autoridades y las cofradías de caciques, únicos que dan misas, fama y respeto público.

Debajo de ellos y acaso con ellos están los paniaguados, los colonos, la masa gregaria, solidarizada por el instinto borreguil y por el prurito de la esclavitud servil del que más tiene y que más puede.

De este modo, sin querer y aun contra su querer, el clérigo-rico es el supra-párroco, como su hermano es el supra-alcalde y su padre el supra-juez; ellos son los soberanos efectivos, de quien los funcionarios titulares, son simples secretarios.

El conflicto entre el párroco y el coadjutor en tales casos, no es cues-

tion de prudencia, sino de dignidad, de probidad y de seriedad.

El párroco, serio y virtuoso, de espíritu forjado por la Disciplina y templado por el celo, al sentir degradada su autoridad, se rebela contra el caciquismo.

El conflicto pasará al obispado: el obispo se hallará en conflicto igual ó peor. O rebelde al caciquismo, sufriendo las consecuencias de las intrigas con el ministro, con el metropolitano, con la Nunciatura y con el cabildo, ó sumiso al caciquismo. En caso de rebeldía, librole Dios de sufrir un descuido ó de cometer un error. Librole de visitar ó de ser visitado de una monja guapa ó de una viuda de buen ver. Cada canónigo será un espía; cada cacique, un conjurado. O renegado de la justicia, ó mártir del caciquismo.

Esto, suponiendo que en su obispado no haya jesuitas, que son los especialistas en el arte de freir obispos, desollarlos, ponerlos en salazón y trocarlos en embutido.

¿La corriente caciquil ha arrastrado al coadjutor y á su familia á esta desgracia? Lo ignoramos.

Si Eugenio López tenía madre, ésta, en su dolor, descubrirá lo nefasto del caciquismo.

No se pagará ella con que el párroco se haya suicidado después de matarle el hijo. No se pagará con que el pueblo y autoridades de Logrosán paseen como en triunfo el cadáver del coadjutor y ultrajen con el abandono al párroco moribundo. Con esto no recobra ella su hijo. Su hijo no resucita con eso.

Esa lisonja y adulación popular con que ahora intenta el pueblo inundar en nubes de incienso el cuerpo mutilado de su hijo, es aquella misma lisonja y adulación gregaria que antes vendaban los ojos del hijo, y de la madre, y de la familia, para que no viesen el precipicio en que iban cayendo.

Ahora, á la vista del crimen, la familia se dirá en su interior, confesando el credo de la justicia y renegando del caciquismo:

— ¿Por qué el obispo no concedió al párroco el traslado? ¿Por qué no trasladó al coadjutor para salvarle de la muerte? ¿Por qué se enseñan en el Seminario una ley y una Disciplina, como vigentes é inviolables, y luego son violadas?

¿Por qué...? Es decir, ¿por qué el hijo que entregamos á la Iglesia inocente, sano y cabal, nos ha sido devuelto acribillado y muerto?

¿Por qué habíamos de aprender con la sangre de nuestro hijo, que la injusticia engendra la iniquidad y la tiranía el crimen?...

¿Por qué todo esto?

Virtudes del clero, por José Nakens. 1 peseta.

UN HOGAR BELGA



1914

(Raemackers.)

Ayuntamiento de Madrid

¡ASÍ ES EL MUNDO!

Yendo una tarde por el campo me encontré con un viejecito curvado sobre la oscura tierra.

—¿Qué haces, buen hombre?—le pregunté.

—Señor, arranco patatas.

—¡Ah! ¿y á cuanto las vendes?

—No las vendo—contestó.

—Pero, ¿qué haces entonces de todas ellas?

—Como usted ve, las pongo en cuatro montones: las más hermosas, que forman el montón más grande, son para pagar la contribución al Gobierno, porque sin gobierno no podríamos vivir nadie, y quizá ni á las mismas patatas les diera por crecer.

El segundo lo doy al usurero para pagarle la renta de la tierra, las semilla y las herramientas con que trabajo.

El tercero es para el clero, que tanto se desvive por guiarme al cielo; para el ejército, que tan limpio mantiene el honor nacional; y para la policía, que tanto vigila á fin de que los «ladrones» no me roben lo que debo dar al Gobierno, al usurero, al clero, al ejército y á la misma policía.

El cuarto, este de las patatas malas y esmirriadas, es para los cerdos.

Y las que los cerdos, de puro malas, no quieren comer, me las como yo.

Así, caballero, paso mi vida contento, resignado y trabajando tranquilamente para el Gobierno, el usurero, la Iglesia, el ejército, la policía y los cerdos. ¡Dios le bendiga, señorito!

—Pero, buen hombre, ¿qué haces de los cerdos?—le pregunté aguijoneado por la curiosidad.

—¿Los cerdos, señor, los cerdos? Son para pagar los portes. Son para la Compañía del ferrocarril, á fin de que conduzca las patatas al Gobierno, al clero, al ejército, á la policía y al usurero...

¡Qué le hemos de hacer, señor, así es el mundo!

¡Esto es procrear!

Se anuncia la próxima llegada á Oviedo de D. Lucas Negreiro Páez, afamado «indiano» que posee la más numerosa familia que se conoce.

El Sr. Negreiro Páez es gallego, y marchó á América cuando apenas contaba veinte años.

Hace poco ha regresado á España en unión de las 279 persona que componen su prole; tiene noventa y tres años, y de esperar es, dada su complexión robusta, que viva todavía bastante tiempo.

Don Lucas fué casado tres veces, y es poseedor de una inmensa fortuna. El buque en que ha llegado á

Barcelona es de su propiedad, y lo manda uno de sus nietos.

La familia, que le acompaña en el viaje, se compone de 16 hijas; de éstas son seis viudas, nueve casadas y una soltera; 23 hijos, de los cuales son cuatro viudos, 13 casados y seis solteros; 34 nietas, entre éstas tres viudas, 22 casadas y nueve solteras; 47 nietos, cuatro de éstos viudos, 26 casados y 17 solteros; 45 bisnietas, dos de éstas casadas; 49 bisnietos; tres tataranietos y además 72, entre hijos, nueras y yernos.

La noticia, que es muy simpática, me infundiría cierto temor, si ese ciudadano Negreiro tuviese unos años menos y le diese por hacerse cacique político y colocar á toda su parentela. Se comería la cuarta parte del presupuesto de gastos.

¡Cuánto diputado y cuánto senador, que sólo ha colocado quince ó veinte deudos, por la sencilla razón de no tener más, envidiará á D. Lucas! Si él hubiera tenido la suerte de procrear con tal éxito, sería completamente feliz.

¡Ciento cincuenta y cinco individuos de su familia, entre hijos, yernos, nietos, biznietos y tataranietos, chupando del bote!

El ideal de todo padre patriota y honrado.

GRAN IDEA

En el Ayuntamiento de Santander se presentó hace días una proposición, limitando á cinco minutos el tiempo en que debía hacer uso de la palabra cada concejal. No prosperó.

Como protesta contra los charlatanes de oficio, la proposición tiene la gracia por arrobas; mas como práctica, antójase que no lo es. Cinco minutos es poco tiempo hasta para calificar con cierta delicadeza de ladrón al concejal que tenga derecho á que se lo llamen en cualquiera de los municipios españoles.

Si los firmantes se hubieran corrido siquiera hasta quince minutos, acaso tampoco prosperase la proposición; mas por lo menos hubieran quedado convictos y confesos de aspirantes á sacamuelas todos los que votasen en contra.

Por lo demás ¿qué felices seríamos los españoles si se dictase una ley, (para aplicarla inflexivamente, claro es) condenando á pena de muerte á todo el que hablase más de quince minutos en cualquier parte!

Se despoblaría España, porque muchos preferirían que los ahorcasen á dejar incompleto un párrafo; pero en cambio nos veríamos á los pocos años libres de la plaga mayor que padecemos: el *melquiadismo*, es decir, el inmoderado afán de charlar sin ton ni son, aunque casi siempre provechosamente para el interesado, por

más que el refrán asegure que «el que habla mucho hace poco.»

PROGRESISTERÍAS

¡Vaya una ración de necedades que me sirve un ciudadano que no conozco, en carta que me envía á propósito de lo que dije hace dos números acerca de la desaparición de la corona de la Virgen en la capilla de la condesa de Arcentales! Se me antoja que debe estar un poquito *guillati*.

«Que si nadie tiene derecho á lo supérfluo mientras haya quien carezca de lo necesario.»

«Que si los católicos que regalan joyas á las Vírgenes de piedra ó madera, teniendo muchas de carne y hueso que prostituirse para comer, incurren en no sé cuantas responsabilidades morales.»

«Que si los miles de millones en alhajas y mantos que existen en templos, capillas particulares y oratorios, aplicados á la agricultura ó á la industria, desarrollarían la riqueza nacional, impedirían la emigración y evitarían los millares de muertos que la miseria produce cada año.»

Y pareciéndole poco aún, añade una porción de citas de Apóstoles y Santos Padres, para probarme que es un ladrón el que no emplea sus riquezas en socorrer al pobre.

Mas no para aquí la cosa, pues corona dignamente esa sarta de disparates, excitándome á que me dedique exclusivamente á preparar con predicaciones incesantes los espíritus para que se lancen á una revolución ciega y brutal, que haga tabla rasa de tradiciones, costumbres, leyes, instituciones, etc., etc., que hoy se oponen á la instauración del reinado de la justicia.

Y menos mal que se detiene aquí y no se atreve á pedirme que, para predicar con el ejemplo, inicie yo la redentora campaña, escabechando en un día cuarenta ó cincuenta ciudadanos de los que regalan coronas de oro y piedras preciosas á las imágenes de su devoción; hubo un momento en que temí que me lo propusiera, al ver con el desparpajo que me hablaba de suprimir respiraciones por el sencillo procedimiento de cercenar cabezas.

Lo dicho: ese ciudadano no anda bien de la cabeza, aunque no razona mal del todo. Se conoce que no tiene dinero para veranear, y se dedica á hacer prosélitos de sus aberraciones entre las personas de orden como yo.

Le aconsejo que se proporcione unos veinte ó treinta mil duros de capital por el procedimiento más en boga, es decir, robando, legal ó ilegalmente, y verá cómo entonces no se le ocurren ideas tan absurdas.

De lo contrario, mucho me temo que acabe sus días en un manicomio.

Revolviendo y arreglando papeles (me dedico hace meses á esta engorrosa tarea en las horas que me deja libres el *currelar* para El Motin), he tropezado con algunas cosillas que conviene resucitar, para que los periodistas de ahora se enteren de la manera que se peleaba entonces entre los partidarios de la libertad y el clericalismo, ante el cual se postran hoy casi todos los que manejan la pluma, *sin creer ninguno en nada*, ni siquiera en que tres son uno, y uno es tres.

La composición que sigue es una de las que he encontrado, y se publicó en el número del semanario *El Pendón* correspondiente al 1.º de Febrero de 1874:

SANTA CRUZ

ARENGA AL ENTRAR EN ACCIÓN

Pelotón de perdidos, ¡vive el cielo!...
¿Quién tiembla de mi estúpida canalla
y le mando á la gloria con su abuelo
antes de que comience la batalla?
Cubridme de cadáveres el suelo
que ya mi corazón sangriento estalla,
y quiero ver el sol que ya no brilla
y se hace con la tierra una tortilla.

¡Ay del rufián que corra y no se deje
hacer en la barriga una gatera
por morder las entrañas á un hereje
y quitarle cien vidas que tuviera!
Si Cristo se interpone, dadle al peje
¡or bajo del rosario una puntera
que esté dando piruetas día y medio
sin hallar boticario ni remedio.

Llevad la santa unción y el Cristo en
[brazos,
no para administrarla al que sucumba,
sino por dar con ella de uncionazos
y esparcir el pavor de tumba en tumba.
Desde hoy no hay sociedad; rotos los la-
[zos,
el universo entero se derrumba
y al verbo santo le veréis mañana
aplastado lo mismo que una rana.

¡Sangre, sangre, mis perros! Es preciso
que retroceda el sol, si el sol asoma;
incendiar el sagrado Paraíso;
que no quede ni un punto ni una coma;
de los negros malvados; ni aun el viso;
ni un Cristo en el altar, ni un clavo en
[Roma,
ni una patena, ni un copón, ni un duro,
ni un mezquino papel para un apuro.

Me llaman el feroz, el sanguinario,
y bien: tres gaitas se me importa el mun-
[do.

¡Voto al santo mayor del calendario,
al Dios que me hable gordo le confundo!
¡Si fuera el mismo infierno mi contrario
bajaría de bronca hasta el profundo,
y á este demonio quiero, á este no quiero,
trocaría aquel antro en matadero!

Me llaman lobo porque cierto día
aserré á un mameluco la cabeza;
si fué barbaridad, fué como mía,
que siempre el verter sangre fué proeza.
Lo mismo á Cristo padre aserraría;
y si el Papa critica mi fiereza,

decidle que á pesar de su papado,
le pego tres mordiscos si me enfado.

No ignoréis que el tío Cursi me ha que-
[rido
jugar una tostada de las buenas,
pero yo soy un hombre precavido
y no temo cerrojos ni cadenas.
Sus chocheos al fin me han aburrido,
y queriendo evitar necias escenas
he vuelto nuevamente á mis casillas
por afán de hacer muertos y morcillas.

En el tiempo que estuve en mi destie-
[rro
lo he pasado muy mal; ¿sabéis? muy triste;
yo tengo el corazón fundido en hierro
y ya el vivir en paz se me resiste.
Necesito morder, me he vuelto perro,
y es del todo forzoso que me aliste
al frente de vosotros, *patolea*,
y me lance de nuevo á la pelea.

Yo sólo gozo con mirar sembrados
los campos de cadáveres sin cuento;
de heridos que se arrastran mutilados
apurando las heces del tormento:
¡oh instantes de ventura codiciados,
cuánto me ríe entonces, ¡qué contento
ponerles en montón, prender la hoguera
y verlos derretirse como cera!

¡Pelotón de perdidos, á la lucha!
¡Ay de vosotros si os tornáis ovejas;
os meto hasta los sesos la cachucha
y después os meriendo las orejas!
Si alguno al disparar la voz escucha
del hermano que llama en tristes quejas,
que apunte bien á la mitad del pecho
y le mate del modo más derecho!

¡Canalla, á la pelea, á la pelea!
gastemos sin parar las municiones;
después á la navaja y á la tea,
y en último recurso á tropicónes.
Que al obispo de Urgel cuando nos vea,
se le caigan de miedo los calzones,
que al mismísimo Cristo *le arda el pelo*
y se inunden de sangre tierra y cielo.

LA GUARDIA

I.

No creas, lector curiosillo, que voy á
hablarte de la que se hace en los cuarte-
les; *mil quinientas* pesetas que mi madre
soltó loca de alegría y mi padre rabian-
do, me libraron del servicio militar y na-
da sé ni conozco de lo que pasa entre es-
padas y bayonetas; me refiero á otra *guardia*,
á la que hacen los curas, que al fin
son milicia de Cristo, y noche y día vi-
gilan al rebaño del Señor.

La Iglesia, como es tan amante de la
igualdad que ha creado castas y cate-
gorías hasta entre las ratas, ha clasificado á
sus curas de mil maneras, y aunque to-
dos tienen el mismo sacerdocio, entre un
deán y un capellán de monjas, por ejem-
plo, hay alguna diferencia.

En los parroquias de importancia, so-
bre todo en las grandes ciudades, además
del párroco, hay dos ó tres curas que le
ayudan á llevar la *áspera* carga, que él
ni siquiera toca con las puntas de los de-
dos. Estos curas en Cataluña se llaman
vicarios y en Castilla *coadjutores* ó *te-
nientes*. Y, por tanto, si son tenientes, no
ha de extrañarnos que hagan *guardias*.

En algún rincón ó muro de las parro-
quias habrás visto un alambre ó cadenita

que sale de un balcón ó ventana y al lado
un letrero así:

«Por aquí se piden de noche los Santos
Sacramentos. Avisar al vigilante.»

La guardia es, por tanto, el estar un
vicario y el sacristán en vela, dispuestos
á ir donde les llamen para dar el Viático
ó la Extremaunción á un enfermo. Existe
una habitación especial destinada para la
guardia, que suele ser pequeña, sucia y
llena de salivazos y colillas. En la pared
hay un pequeño armario donde se guar-
dan los chismes de dar la Unción, un par
de botellas de aguardiente, una baraja
mugrienta y unas tres ó cuatro novelillas
llenas de grasa y desencuadradas. La
escena suele estar alumbrada por un quin-
qué de petróleo, que echa un tufito de mil
demonios, ó por velas quitadas de un
altar.

II

El vicario bebe un sorbo de aguardien-
te, da una chupada al cigarro, tira una
carta y dice:

—¡Veinte en oros!

—Sí—contesta el sacristán—, por la
otra punta; tengo yo el caballo...

—Tengo los pies como el granizo. ¡Mal-
dita guardia y quien la inventó!

—En cambio, el señor cura estará tan
calentito en la cama con su *mayordona*...

—No murmures, hombre.

—Como estaríamos nosotros...

—No; lo estarías tú, que eres casado,
porque yo no tengo mujer...

—Quise decir...

—Lo mismo da; es muy perro este ofi-
cio; á lo mejor estoy yo con la Ambro-
sia... ¿De qué te ríes?

—Yo? De nada, mosén Pedro.

—Pues sí, á lo mejor estoy yo con la
Ambrosia... tomando café, y ¡tilín! ¡tilín!
la maldita campanilla, y échese usted á
la calle porque á un camueso que no ha
puesto los pies en la iglesia en toda su
vida se le ocurre acordarse que es católi-
co cuando se muere...

—Eso me está pasando á mí todos los
días; porque ustedes son tres vicarios,
pero yo soy sólo para todo. Se ha lucido
mi mujer con tener un marido sacristán;
todas las noches está sola, por más que
de día... ¡Y gracias que tiene encima al
señor penitenciario, que vive en nuestra
casa! Porque si algo le ocurre, con sólo
llamar... Pero, ¿ha oído usted?

—¿Qué?...

—Que tiran del alambre.

Suena ruidosamente la campanilla.

—¡Maldita sea tu estampa y así se te
secara la mano! Ya decía yo que esta
guardia era muy tranquila.

El sacristán abre la ventana y se aso-
ma.

—¿Qué ocurre?

—Que vayan á confesar y á dar la Un-
ción á un enfermo de la calle de...

—¿No podría esperarse á mañana?...

—No, señor; es cosa muy urgente.

—¿Por qué no han avisado antes?

—¡Yo qué sé! Yo soy un criado y hagó
lo que me mandan.

El vicario, recogiendo los chismes del
armario, gruñe:

—¡Así reventaras, ladrón!

—Bueno—dice el sacristán—; llame us-
ted al vigilante.

—También da sacramentos?

—Por *ahora* no; es para que nos acom-
pañe.

El criado da palmadas, grita, rebusca,
y por fin da con el vigilante, dormido en
el quicio de una puerta.

—Poco rato después los cuatro se ponen en marcha hacia la casa del enfermo.

Una *pájara*, de esas que vuelan á media noche, ve la comitiva y exclama:

—¡Pobres curas! ¡Y aún hay quien habla mal de ellos!

FRAY GERUNDIO

EL SENTIMIENTO RELIGIOSO

¡Es la gran frase! ¿Qué católico no la ha pronunciado en ocasiones más ó menos solemnes con el campanudo acento, el trágico ademán y sacro ruego que requieren los grandes golpes de efecto?

¡Ah! ¡El sentimiento religioso del pueblo español! Esto no es sólo una frase: ¡es un poema!

¡Qué noble idea formarán de nosotros los hombres pensadores de allende las fronteras ante el inmenso caudal de virtudes que este ponderado sentimiento religioso nos supone! Es un pueblo justo, laborioso, morigerado, afable, hospitalario, tolerante, se dirán; un pueblo perfecto, en fin, que todo esto significa la fama de su religiosidad jamás amenguada.

¡Qué bonito, carape! ¡Si parece verdad tanta belleza! Pero vean ustedes lo que son las cosas; aunque lo parece, no lo es.

Este sentimiento religioso tan cacareado, tan asustadizo y susceptible, que se manifiesta aquí todos los días con estrepitoso aparato, es un sentimiento de *doublé* explotado por media docena de *lechuzos* que viven en y de las tinieblas de la ignorancia; no es el grandioso sentimiento que informa las acciones de los hombres de bien.

Es el sentimiento fanático y criminal á un tiempo que predicó y armó las célebres Cruzadas, aquellos feroces ejércitos de innobles aventureros, de asesinos y rufianes, que así degollaban en el saqueo de Jerusalén ancianos decrepitos, mujeres indefensas, criaturas inocentes, y se sumergían en sangre de infieles hasta la cintura dentro del templo de Salomón, como despedazaban cadáveres y lenguas de obispos en Wurtzburgo y en Escocia, todo con el mayor regocijo del Jefe visible de la Iglesia, que prometía el perdón de todos los pecados y de todos los crímenes á los *barbianes* que se alistaran bajo la bandera de la cruz (!) para hacer la cor quista del sepulcro de Cristo.

En estos tiempos es el sentimiento que asesinó á un gobernador civil en la catedral de Burgos.

El mismo sentimiento que acusa á Dios trino y uno (!) de la pérdida de las cosechas, y gasta los dineros en rogativas y procesiones para alcanzar el beneficio de las lluvias; poniendo con este motivo el mérito de los pobres santos á discusión en la plaza pública y sacando á subasta ilícita é inmoral favores del cielo.

Es el sentimiento que ha creado una *Virgen del Buen Parto* y otra *Virgen de la Buena leche*; dos Vírgenes más ó menos interesantes y nada poéticas, pero enemigas sin duda de los comadrones y las amas de cría.

Es el sentimiento que colecta sin cesar el dinero de San Pedro y da á los curas por Cuaresma huevos y otras menudencias á cambio de cédulas de comunión y amas rozagantes en todo tiempo.

Es, en fin, el sentimiento que ha cometido la salvación de las almas á una tari-

fa de responsos, misas y repique de campanas en grande escala.

Así, cuando oigan ustedes ponderar el sentimiento religioso del pueblo español, sean ustedes precavidos, no se dejen alucinar puerilmente: como dicen los autores de específicos medicinales, desconfíen ustedes de las falsificaciones; que esto del sentimiento religioso es una frase muy bonita, muy simpática, sin rival, la única en su clase, que dicen también los aludidos industriales, pero es simplemente una flor ataviada con muchas galas para ocultar más fácilmente el aspid que alberga en su seno.

Es un sentimiento inventado para uso exclusivo de presbíteros y frailes.

ADVERTENCIA

Se nos siguen haciendo pedidos de la obra *Historia del partido republicano*, que no podemos servir, por no quedarle á Rodríguez Solís ninguno, ni haberlos en las librerías.

Igual ocurrirá con la obra *Historia de la prostitución en España y América* cuando se vendan los cuatro ejemplares que existen.

La elección de confesor

En este asunto con el cual frailes y jesuitas especialmente asustan á las beatas explotables, apartándolas del trato con el clero secular y sembrando gran número de desconfianzas hacia él.

Es lo corriente que cuando cualquiera joven de uno ú otro sexo, educado bajo la férula frailuna ó jesuitica, sale del colegio para vivir en el mundo, el director de la casa le dé éste ó parecido consejo:

«Uno de los asuntos más importantes que ahora debes resolver es la elección de confesor. ¡Como que se trata de elegir á aquél á quien has de confiar los secretos de tu corazón, el que ha de dirigirte por la difícil senda de la virtud! ¡Cuánta prudencia requiere esta elección! ¡Cuántos se condenan por la falta de un confesor sabio, celoso, prudente y caritativo! ¡Y es tan difícil encontrarlo!

Si bien es verdad que hay muchos sacerdotes que reúnen estas condiciones, hay *muchos otros* que carecen de ellas, y que, por el contrario, con sus malos ejemplos causan la perdición de sus penitentes. Poco puede mejorar la conducta ajena quien no corrige la suya; poco puede hacer progresar á los demás en la perfección quien no adelanta en ella un solo paso.

Entre el sacerdocio secular hay varones ejemplarísimos, hasta santos; pero los más, como viven en contacto más directo con el mundo, como no profesan nuestras rigurosas reglas, se ven más expuestos á tentación y á pecado. No es absolutamente necesario que se elija por confe-

sor á un religioso, pero siempre es conveniente; por lo que yo, dejándote en libertad de escoger el que quieras, te recomendaría al P. X., de nuestra orden, confesor ejemplar, lleno de virtudes y merecimientos, muy caritativo, muy discreto y muy celoso por el bien de las almas. Esto no es más que una indicación que te hago; ahora puedes hacer lo que creas más conveniente para tu salvación.»

Y el joven ó la joven se presta á admitir incondicionalmente el confesor que se le indica, y de este modo, aunque sale del colegio, no sale nunca de los que le embaucaron durante su infancia y su juventud.

Difícilmente sueltan una presa que se proponen seguir explotando. Raro es el clérigo secular que logra introducirse en el seno de las familias cuyos individuos se educaron en congregaciones religiosas, ni alcanzar nunca esas cuantiosas donaciones que frailes y jesuitas se agencian.

Piensen muy mal los curas cuando creen que sus mayores enemigos son los periódicos librepensadores.

Los mayores enemigos de los curas son los frailes y los jesuitas.

CALUMNIAS AL CLERO

MÁS CALUMNIAS AL CLERO

OTRAS CALUMNIAS AL CLERO

NUEVAS CALUMNIAS AL CLERO

Inventadas

por

José Nakens

Precio de cada tomo: DOS pesetas.

Trozos de mi vida

TRALLAZOS

Clericalismo en solfa

Picotazos en la creta

Chaparrón de milagros

Milagros comentados

Cosas que he dicho

Más cosas

que he dicho

Asuntos diversos

Variedad en la unidad

Yo, hablando de mí

Cosas de ellos

por José Nakens—2 pts.

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12, MADRID